

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8616

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 750 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, y se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 6 de Octubre 1888

ECOS DE MADRID.

5 de Octubre de 1888.

¡Pobres ferias de Madrid! No son ni sombra de lo que fueron, y haría muy bien el Ayuntamiento en suprimir esa antiqualla. Los que recuerdan los buenos tiempos de las ferias madrileñas, se entristecen ante el mísero cuadro que hoy ofrecen. Hace quince años, desde el 21 de Septiembre hasta el 8 de Octubre, la Corte se convertía en una continuada prendería. Las plazas, particularmente, se llenaban de muebles de todas clases, los puestos de libros aparecían de trecho en trecho, y millares de tiendas improvisadas, sin contar los famosos cajones de San Bernardino, transformaban la corte en un extenso baratillo.

Por aquellas épocas, se aguardaba con interés y con curiosidad ese período de animación comercial, y cada cual hablaba de la feria según le había ido en ella. Hoy la feria es diaria: todo se vende y todo se compra. Es decir, todo no, porque en estos últimos años los escasos puestos y las averiadas mercancías son siempre los mismos.

Hay quien pretende que hasta las avellanas y las aceitunas son las de los años anteriores. No lo creo, pero tampoco aseguro lo contrario!

Madrid vuelve á ser Madrid.

La Corte ha vuelto á ocupar el regio alcázar, los políticos se animan, esperan crisis unos, complicaciones otros, y todo esto para mejorar de posición.

No digo de postura, porque no debe haber ninguna que agrade á los políticos, toda vez que varían á cada instante.

Con los viajeros que vuelven á sus casas se animan también los gabinetes, y los asuntos de conversación menudean que es un gusto. Se anuncian muchas bodas concertadas en San Sebastián ó en Biarritz, en el Sardinero ó en las Arenas. Con razón dicen los doctores que las brisas marinas restauran las fuerzas y abren el apetito.

También de las orillas del mar viene concertado un divorcio.

El líquido elemento es insondable, pero el corazón humano lo es más aún.

Y si no, ahí está el crimen de Nava de Roa, tremebunda novela de costumbres que ha compartido la curiosidad y el horror con la de Madrid y Valencia.

¡Los cándidos, los honrados, los bonachones campesinos!

Los cabellos se erizan al leer la narración del tormento á que condenaron al pobre boticario sus convecinos.

Pero estas tristes novelas no se acaban. Todos los días hay nuevos capítulos que añadir á ese interminable poema de la barbarie.

Dos taberneros riñeron la otra noche. ¿Por qué? Porque uno de ellos tenía muchos consumidores, y éstos, de buen humor, armaron baile mientras que su colega, no teniendo nada que hacer, sin duda para entretenerse, arinó camorra. Salieron las pavajas á relucir, la esposa del tabernero

alegre se puso en medio de los contrincantes y fue la víctima propiciatoria

Dos vendedores de muñecos, personas que por la clase de comercio á que se dedicaban debían ser pacíficos, inocentes y hasta juguetones, comenzaron á discutir sobre la calidad y perfección de sus mercancías. Y vean ustedes cómo hasta siendo de cartón y no pestificando dan lugar las hembras á sangrientas batallas. Uno de los dos contrincantes quedó tendido con una gran herida, al lado de la cesta en donde las muñecas de sonrojadas mejillas brindaban apacibles horas á la inocencia infantil

Hemos podido enterarnos estos días de los coches que circulan por Madrid; del número de sereños, barrenderos, mangueiros que nos guardan, limpian y riegan; pero el dato más precioso es el de los faroles de la villa y corte. Pasan de 8.000 entre ordinarios y extraordinarios. ¿Los habrán contado bien? Hay quien supone que se han quedado cortos.

Para sorpresa, la que experimentaron la otra mañana los viajeros que venían en un tren. Los cinco ó seis vagones últimos se separaron de los primeros y los que los ocupaban vieron á sus compañeros de viaje seguir la marcha en tanto que ellos se quedaban parados.

Por milagro no hubo un choque, pero los viajeros temerosos de recibir un achuchón por delante y otro por detrás se aparearon. ¡Sucedan unos chascos!

Uno de los teatros de Madrid va á ser iluminado con luz eléctrica en el escenario y con aceite en la sala.

Entre actores y público mediará una distancia de 30 á 40 años.

—Qué desea V. caballero?

—Sombreros para sordos.

—Aquí tiene V. uno magnífico. Pongásele V. y verá cómo oye hasta el aleteo de las moscas.

—No es eso lo que busco. Quiero un sombrero para no oír.

El comprador era un político de historia.

Julio Nombela.

Variedades.

HISTORIA DE AMOR

Estábamos en la azotea de Elseneur, y el guía español Arbanu, que me había ido á buscar al hotel Oresund, luchaba en informes con el intendente de la «Flaggenbatterie», nombre exacto de la galería del castillo donde Shakespeare paseaba el espíritu del Rey de Dinamarca por delante de los centinelas. Con su voz grave, el intendente Soltsvvalter nos refería las leyendas de la torre y del castillo.

Nada turbaba el esplendor de la noche. Las estrellas brillaban en el Cosmos, y mientras que los horizontes, ligeramente enrojecidos, se disputaban los últimos besos del sol ya fugitivo, el mar, las islas y las costas de Suecia, parecían envueltas en cendales de color rosa y azul celeste.

De repente, un hombre, vestido con sombría capa, el casquete caído sobre una cabellera larga y negra, la barba ondulada y estremecida, con ojos extraviados y la boca llena de espuma, atravesó la galería, gesticulando, saltando y gritando:

—Yo soy Hamlet! Yo soy el heredero del trono de Dinamarca! Yo soy Hamlet! Hamlet! Hamlet!

A seguida una mujer joven y rubia, y un anciano se pusieron á correr tras del hombre. Venían escoltados por dos criados que llevan hachones encendidos, y todos siguieron hacia el mar.

—¡Es un loco!—dijo el intendente de la Flaggenbatterie.

—¡O un cómico que estudia su papel sobre el terreno!—dijo uno de nosotros.

—No señor, ¡un loco!

Desde la playa oímos voces pidiendo auxilio; el viejo y los dos criados no podían contener al desconocido que quería arrojar al mar. Nos acercamos. Fue preciso sostener una lucha para vencer la terrible resistencia del desgraciado, y mientras que la joven nos salía con una sonrisa preñada de lágrimas y se alejaba dando el brazo al loco, dócil ya como un niño, el anciano se encaminó con nosotros al castillo de Elseneur.

—Me llamo—dijo—el doctor X....; mi enfermo descansa, y deseo daros las gracias por vuestra piedad hacia el pobre loco y la admirable esposa que acabáis de proteger. Son dos españoles de la alta sociedad. Escuchad lo que puede realizar el amor de una mujer:

acababa de casarse con el Conde Luis de U.... Todo sonreía á los dos esposos; de elevada cuna, ricos, jóvenes é inteligentes, disfrutaban la felicidad y los gozos de la tierra.

Una noche, al volver de un baile, la Condesa, que acababa de despedir á sus doncellas, tropezó con un candelabro y el fuego se ceba en sus ligeras ropas.

A sus voces acude el Conde, se precipita y envuelve entre sus brazos, estrechándola contra su pecho, á su esposa, y logra apagar el fuego sin que haya conseguido hacer presa en el cuerpo de la Condesa, que sólo tiene ligeras quemaduras; pero desde aquel día perdió la razón el Conde Luis. En su tenebroso pensamiento el incendio se cambia en mar furioso: Adelaida es Ofelia, Luis es Hamlet; Ofelia pasa arrastrada por las espumosas olas; y el heredero del reino de Dinamarca se arroja al mar en socorro de su amada, porque, al contrario del héroe de Shakespeare, el Conde Luis no duda de la virtud de su Ofelia. Si los desórdenes intelectuales del marido respetan aun á la esposa, no ocurre lo mismo con los demás, y á la tranquilidad relativa suceden crisis nerviosas.

Se le vió en el crub arrancar la barba á un Claudio, falso rey de Dinamarca; preguntar á un criado imaginándolo Laerte, hijo de Polonio, y dar órdenes á otros dos confundidos con los oficiales Maroelo y Horacio. El día que fue detenido enviábase á la sombra paternal y daba un bastonazo á un individuo convertido por su locura en uno de los sepulcros de Ofelia.

Algunos días después de haber domiciliado al Conde en una casa de salud, una tarde del invierno último, su esposa me escribió una carta suplicándome que fuese enseguida á su casa. Cuál no sería mi sorpresa al decirme, señalando á un gabinete contiguo:

—Luis está ahí; está mejor. Nosotros le curaremos.

Por la mañana había estado yo en la casa de locos, y el estado del Conde era tan deplorable, que tenía puesta la camisa de fuerza.

«Permaneci estupefacto.—¿Cómo es posible—exclamé,—que la insensatez del director haya llegado hasta afirmar la orden de salida!—La señora Condesa me cogió las manos.—Usted es el viejo amigo de mi padre, y voy á decirle todo: no hay orden ninguna; soy yo quien la abrió la puerta de la prisión de Luis; yo soy quien le ha quitado la camisa que martirizaba y desgarraba sus carnes... Puñados de oro arrojados á los guardianes han realizado el milagro.—Pero desgraciada niña, la vida de usted peligrará. ¿No veo ya, á pesar del colorote que se ha puesto V., señales de arañazos y sangre.»—«Se engaña V., doctor, me he herido en la verja del jardín de invierno al coger una rosa para dársela á mi marido.»—Mentía llena de rubor.—«Está bien, mi valiente y noble Adelaida; si usted personalmente nada tiene que temer, no sucede lo mismo á los criados de la casa, y el deber de usted...»—«He despedido á casi todos, no conservando sino dos para que me acompañen, y á éstos les he triplicado el sueldo.»—«¿Se marcha usted?»—«Sí, esta noche.»

Entonces la Condesa me contó sus proyectos, con la autoridad de una decisión irrevocable. Había oído decir que en muchas ocasiones las personas atacadas de locura, no hereditaria, volvían á la razón presentándoles al vivo, en los lugares propios, los cuadros del drama cuyo personaje se creen.

—Luis se imagina ser Hamlet, le conduzco á Elseneur, al castillo de Cronembourg. Recorreremos sus galerías, visitaremos la tumba y, cuando vea el camino de sus quimeras, le volveré poco á poco á la razón. ¿Qué me importa la vida si se muere! Bien sabe usted que por mi causa, por salvarme de las llamas, perdió la razón... ¿sabe usted también, doctor que raramente se sale curado de la casa de locos!...

Yo la veía conmovida, con lágrimas en los ojos. ¿Quitarla su enfermo? Hubiese sido martirio me decidí á acompañarla en su viaje por el camino de los milagros.

Ayer se observó alguna mejoría. Hace poco se apareció á ustedes Hamlet saliendo del círculo ordinario de nuestras mezquinas comedias. ¿Es el despertar de la razón? Mañana, Ofelia y Hamlet irán á la tumba de Cronembourg; las losas se levantarán, y realizaremos la última prueba. Sean ustedes humanos y ayúdennos...»

A la noche siguiente, en el castillo de Cronembourg, presenciábamos esta escena extraordinaria:

Ofelia vestida de blanco, la cintura y el pelo llenos de algas marinas, de rodillas delante de la tumba, el guía Arbanu, los guardianes, los dos criados del Conde y una veintena de aldeanos vestidos como los nobles de la antigua corte de Dinamarca, y bruscamente, en un foco de luz eléctrica, el Sr. Intendente de la Flaggenbatterie, representando á maravilla, gracias á su porte majestuoso y larga barba blanca, el espíritu del difunto rey, que con un gesto teatral designa al pretendido Hamlet los fragmentos de esqueleto y de polvo humano que el doctor—el Rey Claudio—semejaba sacar de la abierta tumba.

Vimos al loco despertar á la razón y al amor.

D. de F.

Local y provincial.

El acreditado editor D. Guillermo Osler, nos ha remitido dos ejemplares de la obra, por él editada, *Elementos de Contabilidad Demostrativa*, por D. Bonifacio González Ladrón de